

NAVIDAD

Los seres humanos nos acostumbramos rápidamente a todo. Y los creyentes nos podemos acostumbrar “a sabernos amados por Dios”, y no es bueno, porque perdemos la sorpresa de la maravillosa acción de Dios en cada acontecimiento. También corremos el peligro de acostumbrarnos a celebrar las **fiestas de Navidad**. La costumbre produce monotonía, cansancio y búsqueda loca de inventar cosas nuevas para no perder el aliciente festivo. Sin embargo, la **Navidad** es algo serio, algo grande. Es la maravilla de las maravillas: **es Dios que se hace hombre, para que el hombre sea divinizado y acceda a la contemplación del rostro de su creador y, con ello, a la felicidad plena:** “*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna*” (Jn 3, 16).

La Navidad es “misterio”. Entremos en él poco a poco.

La Navidad es “**misterio de pobreza**”: “*Mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada*” (Lc 2, 6-7). Sólo si nos acercamos a este niño con corazón de pobre podremos descubrir la gran riqueza de vida que trae.

La Navidad es “**misterio que reclama la fe**”: “*Los pastores fueron corriendo a Belén y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre*” (Lc 2, 16). Con los ojos del cuerpo los pastores sólo ven a un niño como los demás, que llora, duerme, necesita alimento... Pero con los ojos de la fe adivinamos en él al Salvador.

La Navidad es “**misterio que invita a ser contemplativo**”: “*María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón*” (Lc 2, 19). Como María, a través de la oración, debemos conservar y meditar en el corazón el gran don que Dios nos hace. Así llegaremos a descubrir y vivir toda su grandeza y profundidad.

La Navidad es “**misterio de amor**”: “*En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados*” (1 Jn 4, 9-10). Quien ama no se limita a dar cosas, sino que se da a sí mismo; quien ama de veras no espera a que el otro dé el primer paso, sino que toma la iniciativa.

La Navidad es “**misterio impregnado de humildad**”: “*Jesucristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos*” (Flp 2, 6-7). Sólo acercándonos con la sencillez y humildad de los niños al niño de Belén, llegaremos a descubrir misterio de amor que impregna toda su vida, porque un misterio sólo puede ser entendido por aquel que humildemente se deja iluminar por otro que se lo descubre.

Volvamos a ser “niños” en esta Navidad. Porque **sólo quien siente y vive como niño puede entender el misterio de Dios hecho niño en Belén**.

Celebremos con fe y agraciado estos días... ¡Feliz Navidad!

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM, y Consiliario de Manos Unidas
y de la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes